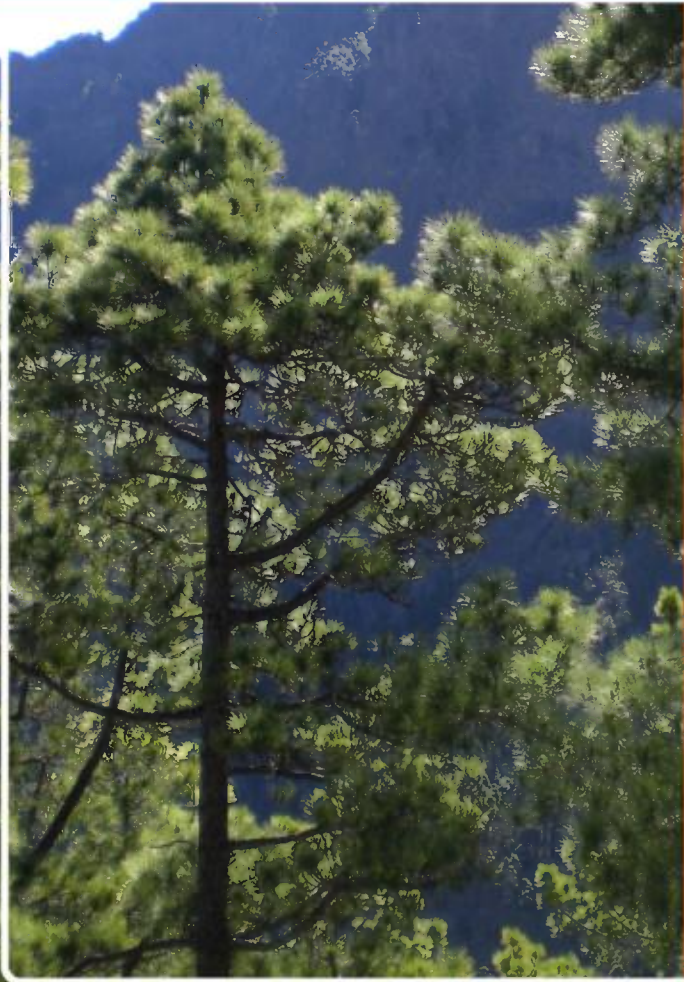


Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,
Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega
legna.asos@gmail.com

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

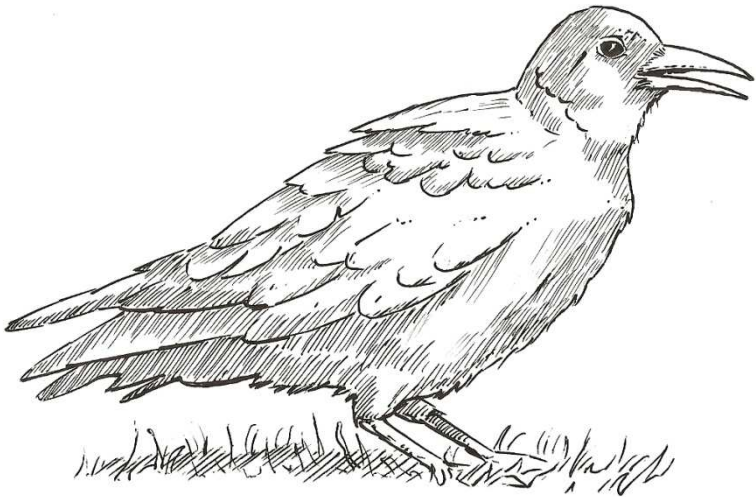
Maquetación: Iván Peralta
vanitaperal@gmail.com

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.
gdoramas@graficasdoramas.com

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

INDICE

PRÓLOGO	1
RELATO 1.- El Lagarto	3
RELATO 2.- Las Grajas	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres.....	69
RELATO 6.- El Camello	86
RELATO 7.- Lobos	105
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
RELATO 9.- Las Paredas.....	135
EPÍLOGO	149



Relato 2.- Las Grajas

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Nacho Ojeda supo desde la primera noche en Hoya Fría que aquel invierno iba a ser extremadamente duro y desagradable. Tuvo la certeza cuando salió de su casa y, al volver la vista atrás, ver la cara de su madre con gesto de preocupación y pena. Luego en el barco en que hizo la travesía junto a un grupo de jóvenes tan inexpertos como él en el arte de marear, no tuvo la suerte de cara y con una mar gruesa que hacía brincar al barco sobre las olas como si fuese una cáscara de nuez estuvo devolviendo los potajes comidos en la última semana, y no por la borda, sino encima de sí mismo y de los otros muchachos que iban igual que él como fardos, -pobre carga humana-, en la bodega de aquella chalupa a la que malamente llamaban barco de pasaje.

Iba Nacho desde Isla Grande a cumplir en Nivaria con la Patria para lo que tendría que hacer un período de instrucción que se le antojaba iba a resultarle como una losa de aburrimiento. Con su carácter díscolo y con una falta de disciplina que no pudieron darle sus padres ni pudo copiar de sus numerosos hermanos faltos igualmente de mano dura, con una vida fabricada en la calle en compañía de amigos tan irresponsables como él, Nacho Ojeda detestaba el servicio obligatorio militar y lo que éste le traería de órdenes que debería cumplir sin rechistar, según sabía por conversaciones con quienes habían pasado ya por tan desagradable período.

Al desembarcar en el puerto de Santa Cruz Nacho hubo de permanecer en fila con el resto del rebaño bajo la persistente lluvia que caía aquella mañana. Sus ropas y maleta estaban al poco tiempo tan mojadas como su cabello ensortijado y como su cara morena por el sol de la playa por la que resbalaba el agua que a veces se le colaba

por sus labios entreabiertos. A todos los muchachos los hicieron subir a un camión militar con asientos paralelos de madera y con una lona que por un corto tiempo les cubrió del aguacero.

La llegada al campamento, calados hasta los huesos, con un cielo plomizo que no dejaba de descargar una impresionante cascada de agua que imposibilitaba ver los contornos de montañas y árboles, fue deprimente. Los llevaron después de formar hasta las tiendas que se dibujaban aun menos que el resto de fantasmagóricos edificios de cocinas y retretes de los alrededores. No supo Nacho descubrir donde había más agua: si en el encharcado lodazal que había sido el patio central donde estaba instalada la bandera, según le dijeron, o en el charquerío en que se había convertido el interior de la caseta a él asignada que le hizo recordar por unos momentos a su querida playa de Las Canteras.

Se desnudó y cansado de la larga noche en el barco se tumbó en la primera litera que encontró libre. Una débil luz le permitió ver el interior en donde estaba el escueto mobiliario militar sin concesión alguna a un detalle mínimo que lo hiciese familiar. Quedó adormilado y aterido. Lo despertó el tronar de unas órdenes de mando que los obligaban a formar para llevarlos a que les entregaran el uniforme de faena y luego a una especie de enfermería donde unos veteranos con más voluntad que conocimientos pelaban al cero, entre bromas, a cada uno de los reclutas.

El agua siguió cayendo durante varios días de forma inclemente, y tan sólo a veces entre unos claros que permitían el paso de un sol débil, éste alumbraba un sentimiento de esperanza de volver a ver cualquier día el cielo azul que todos anhelaban.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Al siguiente día llegó un nuevo contingente de mozos esta vez reclutas de la Isla Corazón. Eran pocos, como pocos eran los habitantes de Benahoare. Venían asustados y aún cuando ellos estaban acostumbrados a lluvias intensas y a nevadas frecuentes no podían evitar que el agua que seguía cayendo sobre el lodazal les permitieran tan sólo algunos comentarios que quisieran jocosos, pero que sonaban a profundos lamentos.

Llegó con ellos Miguel Batista, muchachote alto y bien plantado que con modales educados pidió permiso a Nacho que estaba tumbado en el jergón inferior para ocupar la litera de arriba. Su aspecto era de alguien acostumbrado a vivir al aire libre como demostraba su cara cincelada por las inclemencias del tiempo y sus manos robustas de arañar la tierra. Estaba acostumbrado desde pequeño a las labores agrícolas ayudando a su padre en mimar a las plataneras para que dieran sus mejores frutos. Como hicieran generaciones anteriores y como harían las que seguirían llegando, Miguel se ocupaba de mantener las plantas con los horcones bien colocados para que no se inclinaran por el peso de los racimos, le quitaba la flor al llegar el momento oportuno, regaba con cariño las cadenas con un consumo de agua adecuado y cortaba la planta vieja para que una nueva planta madre creciera.

Había estudiado Miguel primero en su pueblo, la Villa de Mazo, y luego en la capital de la isla y su deseo era hacerse algún día con el título de ingeniero agrónomo. Pronto comenzó entre Nacho y Miguel una amistad que pese a sus diferentes ideas sobre comportamiento fue creciendo como sólo crecen las amistades de tiempos cuarteros, vinos y mujeres. Nacho iba con la frecuencia que la instrucción y las guardias le permitían, junto con otros aspirantes a soldados, al vecino

pueblo de Taco a hartarse del generoso vino de Nivaria y a visitar a las putas siempre que su soldada se lo permitía. Miguel le acompañaba a tomar vino que acompañaban con huevos duros o manís pero no a la casa de citas. Su moral, basada en unos firmes principios religiosos, le impedía, al menos de momento, cualquier conducta inapropiada y Nacho en un gesto de amistad le guardaba el secreto para evitar las burlas de los camaradas. Ello no le impedía ironía en sus canciones o refranes picantitos cuando el vino empezaba a subirle a la cabeza; recitaba: "del árbol cayó una breva y le cayó en el ombligo; si le cae más abajo... se juntan breva con higo"

Compartían caseta, lugar en el comedor y a veces en la cocina tenían que lavar las enormes perolas, los calderos y los platos, los cucharones y los fogones, y compartían sobre todo la añoranza. Sobre todo Miguel echaba de menos su finquita de plataneras y de mangos y de papayas. Le faltaba el trabajo diario al que estaba habituado y le faltaba su casa, su perro, sus gentes. Pero sobre todo necesitaba a su hermana. Se le iluminaba el rostro cuando hablaba de María de las Nieves, su querida y adorada hermana, más pequeña que él, traviesa, llena de buen humor, cariñosa, sonriente siempre y siempre animosa. Tendría ahora, contaba Miguel, unos quince años primorosos. Era hacendosa y ayudaba en el buen cuidado de la casa siempre que sus estudios se lo permitían. Adoraba, igual que su hermano, a madre y padre y por éste sentía pasión. Formaban una familia feliz.

Y hablaba Miguel y no paraba de un sueño que tenía desde que era casi un niño: ¡quería ser él uno de los veinticuatro caballeros que se transforman en enanos de forma mágica y bailan la polca centenaria con sus enormes gorros napoleónicos! Era un sueño que esperaba hacer realidad pues su padre, nacido en la capital y

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

terrateniendo como era, con unas finquitas de plataneras en los alrededores de Tasacorte, allá por donde la colada de lavas del volcán de San Juan ganó terrenos para la isla introduciendo el magma caliente en el mar, tenía posibilidades reales de conseguirlo.

Casi sin darse cuenta tuvieron encima la jura de bandera. Habían sido unas semanas duras en las que el pronóstico de Nacho se vio confirmado con continuos días desapacible de lluvia y viento. Se habían acomodado a las malas condiciones y al duro entrenamiento y la camaradería reinaba con la alegría propia de la juventud. Para el día de la jura Nacho creía haber aprendido lo que significa la palabra lealtad.

-Nos vamos a mi casa-. Dijo Miguel, alborozado.

-¿Cómo, los dos? ¿Y tus padres?- Nacho estaba asombrado.

--Están de acuerdo. Me han mandado los billetes y embarcamos esta noche-.

Efectivamente embarcaron para aprovechar el corto permiso cuartelero. El correillo salió a media noche y enfiló proa hacia Isla Corazón. Miguel iba haciendo cálculos de los sitios que podrían visitar en pocos días: la Caldera, por supuesto; los Tilos con su bosque y nacientes; Barlovento y su laguna; los Sauces y San Andrés; y claro está, los volcanes. Hablaba con verdadera pasión de su isla a la que, según decía, conocía enterita. No en vano la había recorrido metiéndose por vericuetos y veredas, bajando y subiendo barrancos, durmiendo al aire libre junto al mar y en la montaña. Bien sabía él que Isla Corazón no es la más alta del mundo, pero sí estaba seguro de que era la más linda.

Amaneció y aún seguía Miguel ilustrando con frases encendidas los encantos que Nacho iba encontrar cuando atracaron al pequeño muelle. Desde la cubierta del barco pudieron gozar de la vista de la ciudad, aun media dormida, con sus casas trepando por las montañas. Abajo, entre la poca gente que esperaba algún familiar, un grupo de tres personas agitaban los brazos haciéndose ver. Miguel agitó el suyo y gritó:

-¡Mis padres, mi hermana!

Nacho supo que era a él a quién su amigo se dirigía. Miró con atención y vio a un hombre fornido vestido con ropas oscuras y cubierta su cabeza con un cachorro, a una mujer junto a él más baja y bien rolliza, y a una jovencita, casi una niña, que supuso era María. Casi sin esperar a que la escalerilla estuviese bien atada bajaron del barco y Miguel fue a fundirse en un abrazo con los tres. Luego, el padre abrazó a Nacho fuertemente, la madre lo saludó con un sonoro beso, y María, un poco cohibida, le tendió su mano en un tímido saludo.

Fueron en la camioneta que les servía para las labores agrícolas y para los paseos hasta la casa familiar en la Villa. Por el camino Nacho pudo comprobar que lo dicho por su amigo no eran exageraciones. Un mar de nubes formadas por los alisios, compactas pero no amenazadoras, cubría las montañas y dejaba debajo de ellas un impresionante vergel. Llegados a Mazo bajaron por las calles empinadas por medio de casas blancas en las que rosales y azucenas despuntaban esperando la primavera para dar sus mejores flores. Introdujo la madre de Miguel a Nacho en la casa y vio éste una preciosa galería donde múltiples macetas con plantas y flores les

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

daban la bienvenida. Helechos grandes, zarcillos, calas y otras primorosas flores estaban por doquier. Un perrillo juguetón daba saltos junto a él y unos trinos hizo que mirara hacia la pared en la que, a media altura, una jaula de cañas tenía prisionero a un capirote.

No pudo Nacho evitar unos segundos de envidia al comparar el tamaño de aquella vivienda con el minúsculo piso de casas de bloques que era la casa de su familia allá en Isla Grande. Se sacudió la idea como pudo y acompañó a Miguel ya que éste quería enseñarle la que iba a ser su habitación y el resto de la casa: grandes habitaciones con muebles majestuosos y cuadros en las paredes; comedor bonito aunque austero; baño grande y cocina enorme que era el orgullo de Candelarita, madre de María y Miguel. En la habitación que hacía las veces de despacho, biblioteca y sala de música pudo ver una radiogramola con microsurcos, unos libros y en un panel, cuidadosamente colocados, una docena de cuchillos de los que usaban Miguel y su padre para desmanillar los racimos de plátanos.

Los días transcurrieron más rápidos de lo que ambos amigos hubiesen querido. Se adentraron en La Caldera y llegaron, bajando aquellas montañas enormes, hasta el corazón de la misma en el que un riachuelo daba vida al Barranco de las Angustias. Miraron a lo alto para ver arriba, cerca del cielo, el Roque de los Muchachos. Sintieron la grandeza de los pinos centenarios que alcanzaban varias decenas de metros de altura. Durmieron dos noches en La Caldera recorriéndola por caminos que Miguel dominaba. Se acercaron otro día a Tasacorte para que Nacho conociera las plataneras familiares: cientos y cientos de matas con los racimos colgando esperando su puesta a punto. Entraron en el santuario de la Virgen de las Angustias y Nacho, descreído y poco amante de la religión, sintió algo así como

un dolor al ver a la Madre de Dios con su Hijo muerto entre sus brazos. Pasaron por el túnel que hacía variar el tiempo: a un lado, el mar de nubes y vegetación a tope, al otro, cielo despejado y terrenos más secos. Subieron hasta los nacientes y pudo ver Nacho el milagro del agua brotando de la montaña.

Trataron de ir a muchos más sitios pero Miguel era requerido por sus amigos y a éstos se debía. Comían en casa de uno o de otro pues en todas partes les recibían con los brazos abiertos, hasta que Candelarita, haciendo uso de su autoridad, les conminó a comer en su casa. Un caldo de queso, seguido de una bandeja de conejo en salsa simple con sofrito de ajo, cebolla y tomate, vino blanco y agua, clavo de olor y pimienta negra, y un puñado de almendras fritas y molidas puestas al final, y mojo picón y una hoja de laurel, según le dijeron a Nacho, dejaron al muchacho hartado para al menos una semana.

Ya de vuelta al cuartel les asignaron distintos destinos por lo que Nacho y Miguel se veían con menor frecuencia. Así y todo procuraban ir juntos y en compañía de otros soldados a visitar unas veces la capital y otras los pueblos de Nivaria recalando siempre en éstos en los bochinches, vinotecas, tabernas y tugurios que encontrarán.

A su tiempo les llegó la licencia y volvieron a casa, cada soldado a su lugar de origen. Miguel, a su Isla Corazón en donde les esperaban su querida familia, sus plataneras y sus sueños. Nacho, a Isla Grande, a su barrio de casas de pisos con habitaciones tan pequeñas como roperos empotrados, su familia numerosa y sus amigos de la calle. Se despidieron deseándose suerte y quedaron en volver a verse algún día.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Nacho se reincorporó a la empresa en que trabajaba y pasando el tiempo, (digamos en honor de la verdad que con suerte, malas artes, triquiñuelas y mucho empeño), fue subiendo en el escalafón hasta puestos de responsabilidad. Casó, sin amor pero con buen ojo, con una despampanante joven enamorada de él con quién estaba seguro conseguiría posición social. A veces recordaba la mili y los días pasados en la Villa de Mazo y se preguntaba que habría sido de sus compañeros reclutas.

Recibió un día una carta que uno de ellos estaba remitiendo a todos los de la quinta al objeto de reunirse en un restaurante en Nivaria en una comida de amigos. Venciendo su impulso inicial al no, decidió ir para cambiar por un día su vida, que iba siendo rutinaria y sin cariño, y fue pensando cuántas sorpresas encontraría. En el almuerzo encontró a Miguel con quien charló amigablemente entre los saludos a unos y a otros y quedó invitado por éste a volver a Mazo. Le propuso ir en las fiestas del Corpus en que la Villa se engalana con alfombras y arcos de flores para el paso del cuerpo del Señor.

Así que Nacho pidió vacaciones, que hacía años que no disfrutaba, para junio, localizó pasaje de ida y vuelta en los aviones de hélice que le llevaría al aeropuerto de Buenavista, reservó hospedaje pues no quería ser una carga para los padres de su amigo y una mañana de domingo voló hacia Isla Corazón.

Por entre viñedos va la carretera que lleva a Nacho hacia la Villa. Los árboles van quedando atrás al igual que las casas pequeñas llenas de colorido que salpican el paisaje rodeados de frutales. A un lado puede ver el mar más allá de los cultivos y al otro adivina las

montañas que han de estar por arriba de las nubes esponjosas. Deja atrás el Monte de la Breña cubierto de vegetación y unos minutos más tarde se ve en la parada de la guagua junto a Correos y frente a un pequeño bar que parece invitarlo a saciar la sed.

Una cerveza bien fría le sirve para entablar conversación con el cantinero al que pregunta por la gente pues el pueblo le parece vacío. –Están todos alrededor de las flores, mi hijo, aquí todo el mundo prepara el Corpus y aun queda mucho por hacer-, contesta el hombre mientras levanta las manos queriendo dar a entender lo grande que es la tarea. Deja Nacho la maleta en el bar y se dirige bajando la empinada calle hacia la plaza del ayuntamiento. A su izquierda dos mujeres salen de un local con cara de haber estado ajetreadas y bajan calmosas hablando del arco que tienen a medio hacer.

Está la plaza vacía y Nacho aprovecha para ver los sencillos edificios sentado en un banco. No tiene prisa y quiere dejar un tiempo antes de presentarse en casa de su amigo. Se levanta al poco y sigue bajando la calle hasta la iglesia de san Blas. Da una vuelta, comprueba que está cerrada y queda un rato apreciando el paisaje que desde el mirador se divisa. El verde de los viñedos, las casas ajardinadas, el mar, y al fondo a un lado lo que debe ser la pequeña capital de la isla.

Aunque no es dado a sentimentalismos nota que la paz le inunda y la sencilla belleza le subyuga. Deja el lugar y calcula con resignación cuanto tiene que subir por la calle empedrada. Da gracias a las nubes que ocultando el sol da el frescor suficiente para hacer más tolerable la subida. Una vez en la carretera general lo que parece un almacén abierto le invita a entrar. En él tres personas, dos mujeres y un hombre, colocan y pegan con primor, como si estuvieran tejiendo

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

un tapiz para una casa de alcurnia o un museo, flores secas troceadas y minúsculos pedazos de musgo de distintos tonos y colores. Con infinita paciencia van cubriendo la tabla, centímetro a centímetro, que será convertida en precioso cuadro.

-Es el tapiz que irá colocado en la plaza, le informan, como puedes ver aún no está terminado-.

Efectivamente puede ver Nacho la tabla grande, enorme, en la que van pegando con premura, siguiendo los trazos del dibujo que les guía, la variada gama de colores de su materia prima. -De qué forma tan sencilla y asombrosa, piensa el muchacho, consigue esta gente que las montañas se diferencien del cielo con nubes, que las rocas presenten el realce debido, que el juego de luces y sombras sea tan creíble y que las figuras resulten casi reales-.

☪ - - - ☪

Siguió Nacho su paseo y esperó hasta una hora apropiada para ir a la casa de Miguel; se dirigió a ella cuando empezó a ver movimiento en las calles a la hora del mediodía. La sorpresa fue grande para Candelarita que lo abrazó y besó con cariño, y para María, que esta vez alborozada, le dio un sonoro beso en la mejilla. Nacho, al encontrarse frente a tan linda moza de semblante risueño, agraciada y vivaracha, sin nada que ver con la niña que había conocido años antes no supo reaccionar. Miró a sus ojos y en éstos creyó ver la profundidad de la caldera, el verdor de los tilos y la inmensidad del mar de nubes de la Isla Corazón.

Pronto María acaparó a Nacho, quitándoselo a Miguel, para mostrarle todos los sitios y amistades que tenía en Mazo. Así pudo el

joven ver a las mujeres preparando las camelias, la malva rosa, las margaritas, las siemprevivas y los gladiolos y otras hermosas flores que tenían en cestos y cajas separados por tamaños y colores. Iban los dos cogidos de las manos en una camaradería de juventud y María presumía, sin darse cuenta, de su amigo de Isla Grande.

Pasaban los días en la preparación de los arcos en medio de la alegría contagiosa de todo el pueblo o bien paseaban. Ya por la noche, una vez acabado el trabajo y tras la cena, se sentaban en el escalón de la casa, trataban de ver las estrellas y oían a veces de una casa cercana el rasgueo de una guitarra y el canto armonioso de folías o sirinoques.

Nacho intentó torpemente ayudar a confeccionar los pasillos pero tuvo que conformarse con acercar las cestas con flores a las mujeres. Sí consiguió echar una mano en la colocación de algún que otro arco y pudo comprobar la pericia de hombres y mujeres de la Villa para hacer una cosa y otra. Nunca, estaba seguro, había visto cosas tan lindas. Los arcos, traídos de cada barrio rivalizaban en belleza y arte. Nadie diría que eran confeccionados con flores secas, espigas, cáscaras de ajos y otros vegetales que han de ser guardados durante todo un año para hacer estas maravillas florales.

Dejó Nacho pasar el día previsto del regreso. Se encontraba como en un sueño gozando del aquel noviazgo, que no tuvo nunca, lleno de arrumacos, caricias y palabras entredichas. Sentía, cada vez que tomaba entre sus manos las manos cálidas de María, un ramalazo de dulzura unido a un deseo inmenso de hacerla suya. Luchaba entre el instinto de su hombría mal entendida que le hacía suponer presa fácil a cuanta mujer se le cruzara en el camino y su deseo de

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

mantenerse leal a su amistad con Miguel. Por ello respetó a María... mientras pudo. Ultrajó la flor en una tarde de caricias como la muchacha no había gozado jamás. Fue una unión entre la candidez de la paloma y la avidez del milano y quizás por ello una bandada de grajas de cuerpo negruzco y pico rojo revoloteó por encima de la pareja mientras se amaban.

A María el mar de nubes se le convirtió en un mar de tinieblas cuando fue consciente de su unión. Buscó perdón a los pies de la Virgen de las Nieves y más adelante cuando supo que estaba preñada acudió a llorar junto a la Virgen de las Angustias. Sabía del daño causado a su madre y enloquecía pensando en la reacción de su amado padre ante la injuria hecha a la familia. Se negaba a pensar en Miguel, su idolatrado hermano, como si éste no fuera a tener cabida nunca más en su vida. Y aborrecía desde ahora los comentarios y actitudes hipócritas de las gentes de la Villa y de la Isla Bonita entera.

Huyó Nacho Ojeda como huye el ladrón de fruta prohibida. Desapareció sin dejar rastro alguno y atrás quedó sus pertenencias en el alojamiento que le amparaba. Lo buscó Miguel por Isla Corazón y por Nivaria, por Isla Grande y por el resto de las islas del archipiélago. Había desaparecido y sólo quedó de él su repugnante recuerdo.

La familia de Miguel quedó rota si bien la madre, Candelarita, hizo de tripas corazón y se puso incondicional al lado de María. El padre sonreía con desgana y fue cayendo en un estado de melancolía que le iba consumiendo. Miguel fingía e incluso intentaba bromear en los ratos que pasaba, ahora menos, en la casa familiar.

Hundía con rabia y desespero su cuchillo en sus queridas plataneras tratando de ahogar la ira que le consumía. Al hacer el

desmanillado de los racimos se recreaba pensando que cortaba a su antiguo amigo en cachos cada vez más pequeños. Odiaba la certidumbre de que había sido él quien trajo a casa a la víbora que robó la luz en la mirada clara de su hermana.

Llevaba el cuchillo a todas partes incluso a los ensayos para el baile de los Enanos de los que formaba parte después de ser admitido como fuera su deseo. Cuando vestía de caballero o de enano lo llevaba escondido y llegó a tener arte suficiente para no ser descubierto. Ansiaba encontrarse un día, en cualquier sitio, con Nacho para hacerle pagar cara su afrenta.



NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

María vivía gracias a su hijo. Seguía ayudando en la preparación de las fiestas del Corpus, separando los pétalos de flores y en la confección de las alfombras y los arcos como en años anteriores, y continuaba con las labores de bordados y las clases de pintura que hacía junto a otras mujeres de la Villa. Su sonrisa era enigmática con un dejo de tristeza y su belleza, realzada por la maternidad, seguía intacta tal como era la belleza de su Isla Corazón.

Miguel pasaba cada vez más tiempo en las labores agrícolas. Había dejado a un lado su deseo de hacerse ingeniero agrónomo porque la ausencia casi total del padre de las plataneras hacía recaer sobre él todo el peso de la explotación. Contrataba a quienes le ayudaban, discutía precios y cerraba contratos sobre las cosechas, compraba agua y abonos y estaba en todos los detalles que las fincas demandaban. Tenía para solaz y pasatiempo dos cosas: jugaba con el hijo de María cada vez que llegaba extenuado a casa viendo como el niño crecía fuerte y musculoso, riendo con las travesuras del mocosito que alejaba siempre sus malos pensamientos, y gozaba de antemano con los preparativos de la fiestas lustrales.

Estaban en el comedor de la casa y María bordaba trabajos para una exposición. Miguel miraba a su hermana y pensó que sencillamente era hermosa. Sus latidos se aceleraron al pensar en la afrenta de Nacho pero se propuso como otras veces olvidarla. Paseó la mirada por la habitación y reparó en el frutero que estaba en el centro de la mesa. Lucía precioso con frutas de la huerta entre las que sobresalían los aguacates, los papayos y los plátanos amarillos con pintas negras. En la pared una fotografía reciente de la familia con el niño en los brazos de María y un poco más allá otra color sepia de los abuelos con caras serias colgada sobre una máquina de coser.

Los hermanos estaban en silencio si bien la falta de palabras no era por pesar. Fue roto por Miguel quien empezó confirmando sus deseos de participar en las fiestas lustrales. Más que un diálogo parecía pretender poner en alta voz sus pensamientos. Éstos le llevaban por sus recuerdos de la Bajada de la Virgen de cinco años atrás y rememoraba los actos religiosos y de divertimento vividos: la bajada del trono repujado de plata en que llevarían a la Santa Imagen desde su santuario; la bajada de la bandera de la Virgen, preciosa enseña de tamaño tan grande que eran necesarias no menos de cincuenta pares de manos para llevarla y en la que sobre fondo blanco lucen hermosas las primeras letras del Ave María entrelazadas; el izado de la bandera que queda ondeando al viento; los conciertos de música selecta y de grupos folclóricos que cantan y bailan en honor a la patrona; La Bajada de la Virgen desde su santuario entre el fervor popular recorriendo el camino hasta la iglesia del Salvador... y la Danza de los Enanos con sus pasitos saltarines y encantadores.

María le interrumpe en su monólogo preguntándole como van los ensayos para la Danza. -“¡Estupendo, estupendo! No pueden ir mejor. Lo estoy pasando en grande”- Pasa Miguel a explicar detalles que no se ven pero que son importantísimos para que no haya fallo alguno puesto que la Danza debe funcionar como un reloj a punto de principio a fin. Describe el traje que le están haciendo a medida: chaquetilla, chaleco y pantalón de delicados colores y hasta se permite bromear con el sombrero napoleónico que ya se ha puesto en algún ensayo. Lo que no dice –es un secreto que debe mantener- es como pueden ver los enanos con sus ojos sin vida.

Mantienen la conversación durante un tiempo olvidada María de las labores de bordado. Llegan los padres y comparten con éstos

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

sus cuitas y entonces caen en la cuenta de los pocos días que faltan para que empiecen los festejos populares lo que provoca en ellos una carrera imaginaria contra reloj para tener todo a punto en los días que se avecinan.

Está Miguel preparado aunque nervioso para salir a escena en su gran noche. Vestido de época va a participar en el Minué y no termina de verse con el traje versallesco. Se encuentra algo ridículo y piensa si todos sus compañeros sentirán lo mismo. Sale a escena y baila acompañado por la música siguiendo el compás que le indica cada gesto elegante que ha de hacer. Se ve a si mismo en un ambiente de lujo y refinamiento como si estuviese en una de las cortes europeas de hace dos siglos. Evoluciona caballerosamente y durante unos segundos algo entre el atento público le llama la atención; da una vuelta al compás del baile y espera encarar otra vez hacia el mismo sitio para ver que sucede; gira nuevamente y entonces ve a una pareja, rubia ella, moreno él, que ríen y juegan de forma obscena con una rapadura. Le hierve la sangre y por poco se trabuca si bien con un esfuerzo de su voluntad consigue que no se note su desconcierto. Vuelve a mirar en otro lance y para su sorpresa reconoce en el hombre a su antiguo amigo, hoy enemigo irreconciliable: es Nacho, está seguro, quien pone la golosina en la boca de la mujer.

Al terminar la representación la pareja se ha marchado con el público y Miguel, rabioso y encendido, no puede encontrarlos. "Ya los encontraré, se dice, y entonces arreglaremos cuentas".

Se prepara Miguel a conciencia para el Baile de los Enanos pues no quiere que la posible presencia de Nacho pueda confundirle. Desea encontrarlo y hablar con él para afearle su indigna conducta aunque

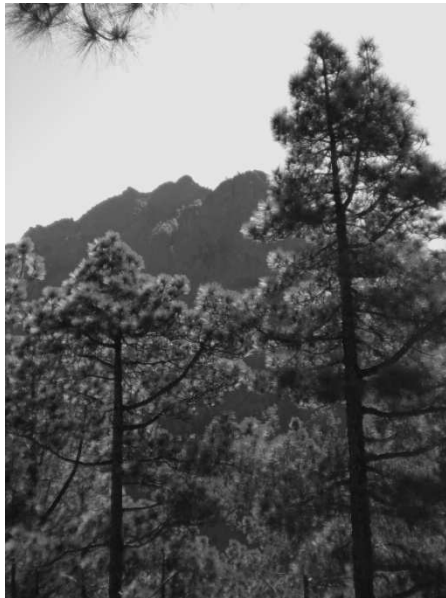
ello no sirva para nada. Y si hace falta, llegarán a las manos pues tiene deseos de romperle a trompadas su insolente cara. El cuchillo lo lleva como siempre y lo acaricia a veces como para darse valor.

El día del Baile sale vestido de caballero con capa larga, sombrero y bastón largo o lanza. Se mueve con gracia sobre el entarimado. Va y viene. Busca ansioso entre el público, una vez y otra. Al término de su actuación los caballeros se dirigen hacia la caseta al son de la música y de las canciones a la Virgen y, al llegar, como por arte de birlibirloque, salen los Enanos ante el entusiasmo de los presentes. Con sus pasitos cortos y su baile son la delicia de todos, desde los más pequeños hasta los grandes que aplauden con entusiasmo y tararea la conocida musiquilla. Mueven el cuerpo ataviados graciosamente con sus zapatitos de hebillas y los calzones a media pierna, los chalecos y las corbatas de pajarita y la casaca, con sus caras de sonrisa abierta enmarcadas en las pelucas blancas y sus ojos abiertos pero sin vida; en sus pequeños cuerpos, cubiertos con los ropajes multicolores, destacan los grandes sombreros napoleónicos de color negro, y cintas y números y adornos dorados. Sólo son unos minutos de danza al son de la música que todos conocen, pero éstos son suficientes para llevar la alegría al alma de todos los espectadores y danzantes. Alegría que llega a todos, menos a Miguel que ansía volver a escena para encontrarse, cara a cara, con su antiguo compañero.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Otra vez se produce la metamorfosis y los Enanos vuelven a ser Caballeros. Y Miguel, en cada vuelta mira con detenimiento, hasta que al fin tiene ante sí a la pareja. En este momento se desentiende del baile, llega hasta los niños sentados, se abre paso, y sin prisa alguna se aproxima a Nacho y a la rubia despampanante. Por un momento no escucha nada, no piensa; es un autómatas cumpliendo su destino; le lleva su instinto animal y no su razón. Llega junto a Nacho ante el estupor de la gente y de sus compañeros que van parando en su danza inacabada. Intenta hablarle, más un nudo en la garganta se lo impide. No le son necesarias las palabras pues su mirada centelleante está gritando el deseo de revancha que hay en su corazón. Pasa el bastón a su mano izquierda sin proponérselo y saca con su derecha el cuchillo por entre la capa. Sin que nadie pueda imaginarlo, con un golpe certero, como si fuera contra una de sus plataneras a la que tiene que arrancar el racimo, dirige el brazo con fuerza contra el pecho de su mortal enemigo. Un lamento ronco como rugido de fiera herida brotó entonces de la garganta de María y quedó flotando en el aire.

Las últimas vibraciones que pudo percibir Nacho Ojeda, antes de que la negra noche se adueñara de su alma, fue la del frío de la hoja del cuchillo hundiéndose en sus carnes camino del corazón.





Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

